

ANUARIO DE PSICOLOGÍA
Núm. 38 - 1988 (1)

EL TIEMPO Y LA HISTORIA
EN LA OBRA DE FREUD

M^º DEL CARMEN GIMÉNEZ SEGURA
Departamento de Psicología Básica
Universidad de Barcelona

M^a del Carmen Giménez Segura
Departamento de Psicología Básica
Facultad de Psicología
Avda. de Chile, s/n
08028 Barcelona

El largo y esforzado camino de Freud para hallar una explicación satisfactoria de la histeria, produce, a finales del verano de 1897, un efecto tan sorprendente como fructífero:

«Permíteme –le escribe a Fliess– que te confíe sin más dilaciones el gran secreto que en el curso de los últimos meses se me ha revelado paulatinamente: ya no creo en mis neuróticos.» (Freud, A.; Kris, E., [1950], pág. 3578).

Sucede que, la hipótesis de que el padecimiento histérico es fruto de la represión de un *acontecimiento realmente vivido* (en un momento cronológicamente datable del pasado) en el que un padre sedujo a su hija, se le ha venido abajo. Serían demasiados padres perversos, demasiadas hijas víctimas de las pasiones incontroladas de su progenitor. Freud ya no cree en ello, ya no cree en sus neuróticos.

Y sin embargo, sus neuróticos no han hecho más que expresar aquello que en la *situación de consulta*, bajo el apremio del clínico ha acudido a su conciencia. Se trata de recuerdos que de alguna forma asocian a sus síntomas actuales. De esa práctica resulta la verbalización, por parte del paciente, de una original mezcla de ocurrencias, observaciones circunstanciales, sentimientos, imágenes, recuerdos de la infancia, sueños, quejas e ilusiones. Entre todo ese material aparece hartamente, la evocación de una circunstancia anteriormente vivida relacionada con la temprana seducción sexual por parte de una figura paterna. Son memoraciones reales, que no por sorprendentes son menos verdaderas.

TIEMPO Y SUJETO

Hasta ese verano de 1897, Freud había creído a pié juntillas en la *realidad* de esa escena de seducción. Su convicción ha sido tal como para concederle una importancia capital en sus intentos de esclarecer la etiología de la histeria, considerando que la represión de tan penoso recuerdo es causa de los padecimientos actuales de sus pacientes histéricos. Así lo afirma cuando dice:

«Así pues, el histérico padecería principalmente de reminiscencias.» (Breuer, J.; Freud, S., [1895], pág. 44).

El mecanismo histérico o, si se quiere, la «teoría del trauma», tal y como hasta entonces la había desarrollado Freud, ponía en juego una multiplicidad

de aspectos, de los cuales nos interesa ahora destacar dos. El primero, que la biografía, el pasado de un individuo permite esclarecer algunos aspectos de su acontecer presente. Tomándola al pié de la letra, esta afirmación no aporta nada que no se incluya en cualquier concepción de psicología evolutiva. Pero la originalidad freudiana se encuentra en la formulación inversa: *el presente revela una estructura subjetiva gestada históricamente*. Lo original es que la historia puede ser contemplada en el presente, es decir que comprendiendo el presente se comprende la historia. Segundo: aquellos aspectos del pasado, de indudable significación sexual, cuyo acceso a la memoria ha sido vetado (reprimidos), devienen patógenos en el *presente*. Lo anteriormente vivido no fue traumático, *lo traumático es la conexión actual entre un acontecimiento presente y aquellas representaciones, ahora reprimidas, referidas al pasado*.

Así pues, antes de que Freud elabore una teoría que pudiéramos calificar de psicoanalítica, al incidir claramente en la trascendencia de la biografía, se abre a la función estructurante de la historia individualmente considerada y, consecuentemente, al problema del *tiempo*, sosteniendo *la eficiencia del pasado en el presente y paradójicamente la eficiencia del presente sobre lo pasado*. Extraña relación que implica que dos momentos de la existencia, dándose separados en el tiempo cronológico son simultáneos en, por así decirlo, «otra dimensión temporal». Sólo así puede pensarse en su mutua influencia.

Pero, en 1897, Freud acaba de descubrir que no hubo un padre seductor, a pesar de que sus pacientes, con mayor o menor variación, relatan esa «experiencia» como algo realmente vivido. El error no está desde luego en el paciente, quien realmente lo recuerda así; el *error* está en la teoría. El equivocado ha sido Freud que, convencido de la realidad de la escena traumática, ha equiparado el tiempo cronológico y tiempo psíquico. El descubrimiento de este error será uno de los más fructíferos en su elaboración teórica puesto que le permitirá desvelar la naturaleza fundamental de lo inconsciente. Lejos de desconfiar de sus neuróticos sucederá todo lo contrario, desconfiará del aparato teórico que sobre sus dolencias había construido, ya que la «teoría traumática» se asentaba en una hipótesis que ahora se revela, en parte, falsa.

El recuerdo existe como tal y consecuentemente es real, pero lo recordado, pertenece a un orden de realidad diferente del de los acontecimientos espacio-temporales. Efectivamente algo sucedió en la vida del paciente, pero lo más importante no es el suceso en sí, sino su inscripción psíquica, y ésta se ubica en una dimensión temporal diferente de la lógica.

Así, el recuerdo de la seducción por parte del padre, recoge una serie de «inscripciones» o, en lenguaje freudiano, una serie de huellas mnémicas cuya coherencia formal se debe a que pertenecen al orden de la *fantasía*.

Fantasías que:

«como ahora advierto, arrancan invariablemente de cosas que los niños oyeron en la primerísima infancia y que sólo más tarde llegaron a comprender». (Freud, A.; Kris, E. [1950], pág. 3563).

Así pues las fantasías no son pura invención. En ellas se manejan elementos que, en su origen, pueden ser ubicados cronológicamente. Pero ocurre que quedaron inscritos en el psiquismo inconsciente, como pura representación mnémica sin sentido aparente. Posteriormente fueron comprendidos, *adquirieron una significación*. Las fantasías integran dos aspectos: *representaciones y significados*. Las primeras se originan en el pasado, los segundos en el presente, o como mínimo en un pasado menos remoto. Hasta aquí se nos despeja el interrogante de la doble conexión entre pasado-presente y presente-pasado en la fantasía, pero no se nos aclara nada acerca de la naturaleza de lo recordado. Para aclarar este punto, acudimos a la génesis de las fantasías:

«Las fantasías se forman por la combinación inconsciente de lo vivenciado con lo oído (...) La formación de fantasías tiene lugar por un proceso de fusión y distorsión, análogo a la descomposición de un cuerpo químico combinado con otro. El primer tipo de deformación consiste, efectivamente, en la falsificación de la memoria por un proceso de fragmentación, con total abandono de las relaciones cronológicas (las correcciones cronológicas parecen depender precisamente de la actividad del sistema de la *consciencia*...)... Con ello la conexión original ha quedado irremediabilmente perdida. La formación de tales fantasías (en periodos de excitación) hace cesar los síntomas mnemónicos, pero en su lugar aparecen ahora ficciones inconscientes que no están sometidas a la defensa.» (Freud, A.; Kris, E., [1950], pág. 3571).

Se deduce entonces que *la fantasía es una ficción*, un «texto» resultante de la *descomposición y recombinación* de fragmentos procedentes de vivencias originales que, en tanto tales, permanecen ignoradas.

Ahora bien, el *recuerdo*, aquello que nuestra conciencia puede rescatar de nuestra historia pasada, se establece a partir de estas fantasías hasta ahora constituidas según un *proceso primario* que no se ajusta en absoluto a la lógica formal. La instancia consciente rescata parte de ese material, sometándolo a nuevas fragmentaciones y construyendo un «relato» cuya coherencia se debe, en este caso, a la eficacia del «proceso secundario», propio de nuestro pensamiento consciente.

«Los recuerdos infantiles indiferentes deben su existencia a un proceso de desplazamiento y constituyen en la reproducción un sustitutivo de otras impresiones realmente importantes.» (Freud, S., [1901], pág. 782).

Lo sustancial queda pues oculto. Nuestra conciencia, como si de un teatro se tratase, contempla una «escena» a la que, «secundariamente» atribuye sentido, pero tras el decorado, en el «foro», la/s escena/s originales, la tramo-ya, el atrezzo, la cantera de la que proceden los fragmentos tan laboriosamente cortados, maquillados y pegados, es tan activo como desconocido. Tales son nuestros recuerdos: miniteorías más que autobiográficas, autoliterarias, elaboradas desde nuestra conciencia a partir de «retales» entresacados del acerbo de nuestras fantasías inconscientes.

Se plantean aquí cuestiones de muy diverso género: ¿cómo se construye el recuerdo evocable? ¿cómo y según qué leyes, si es que éstas existen, se rea-

liza el trabajo de «cortado y pegado», de descomposición y recombinación, al que hacíamos referencia? pero, sobre todo ¿qué ha pasado con las dimensiones espacio-temporales? ¿qué sentido tienen, desde esta perspectiva, la biografía y la historia?

La construcción de una fantasía y, aun si se quiere, de un recuerdo evocable ¿se produce por azar? Lo que rige la constitución de esa miniteoría que podemos evocar sin dificultad alguna ¿es la simple casualidad, el mero azar? o, por el contrario ¿sigue algún/os principio/s que muestren cierta regularidad?

No, no es producto del azar. Freud no se cansa de reiterarnos que las «producciones» psíquicas, cualesquiera que sean, están sobredeterminadas. Cómo y qué las determina es otra cuestión. Veámosla. En *El poeta y los sueños diurnos* (Freud, S., [1908], pág. 1345), se nos explica que el hilo conductor de la fantasía es el deseo.¹

«Puede afirmarse que el hombre feliz jamás fantasea, y sí tan sólo el insatisfecho. Los instintos² insatisfechos son las fuerzas impulsoras de las fantasías, y cada fantasía es una satisfacción de deseos, una rectificación de la realidad insatisfactoria.» (Freud, S., [1908], pág. 1344).

De la misma manera que en los sueños, la actividad fantaseadora, permite la realización, en el ámbito imaginario, de un deseo, casi siempre infantil, que dada su naturaleza ocultamos a los demás y a nosotros mismos reprimiéndolo y desplazándolo a lo inconsciente. De este modo la fantasía consciente como el recuerdo permite traer a nuestra conciencia unos elementos mientras encubre otros, siendo su finalidad la realización de un deseo que nos resulta inadmisibles.

Ahora bien, hemos visto que las fantasías arrancan de cosas que los niños oyeron en su primerísima infancia y más tarde comprendieron ¿lo comprendieron acaso cuando su inteligencia se desarrolló suficientemente? No. Lo comprendieron precisamente cuando pudieron conectar lo oído con sus propios deseos; es decir cuando su desarrollo psicosexual y los deseos correspondientes otorgaron sentido a aquellas cosas anteriormente oídas o vivenciadas. Pero no se trata necesariamente de una operación intelectual, cuanto menos en lo que se refiere a la conexión entre lo vivenciado u oído y deseos reprimidos, se trata más bien de una «comprensión» inconsciente.

La represión actúa, relegando a lo inconsciente la conexión original entre la representación y su significado, es decir realizando la labor que hemos llamado de «cortado», separando la representación del afecto «conco-

1 Los psicoanalistas franceses han diferenciado fantasía de *fantôme* (fantasma), para discriminar las fantasías o sueños diurnos, la ensoñación consciente de las fantasías inconscientes. Freud no establece esa disquisición, con el término «fantasía» hace referencia a unos y a otros ya que la dinámica es la misma. Si en algo difieren es en su relación con la conciencia. Las primeras tienen acceso libre a ella, mientras que las segundas tropiezan con la resistencia. De otra parte las fantasías inconscientes se constituyen según un «proceso primario», en tanto que las conscientes sufren una «elaboración secundaria».

2 Léase pulsiones.

mitante». Entran en juego entonces otros dinamismos de «pegado», tales como el *desplazamiento* o conexión de los afectos con otra u otras representaciones distintas de la original de manera que puedan acceder a nuestra conciencia en forma de recuerdo más o menos coherente, lógico y tolerable.

Pareciera que tras tan laboriosos y complicados procesos, nuestros recuerdos quedaran por fin constituidos y que su conservación en la memoria y su disponibilidad para ser evocados dependiera tan sólo de nuestra voluntad. Algo así como si dispusiéramos de un archivo en el que estuvieran colocados ordenadamente, listos para prestar su servicio en el momento oportuno, pero que mientras tanto permanecieran inmutables. Sin embargo no es tan sencillo ya que hemos de añadir a ello una nueva complejidad: los recuerdos no son inmutables a ciertos eventos temporales, si no que:

«(...) se adaptan a las impresiones cambiantes de la vida, se transforman con las circunstancias de la existencia del sujeto, y reciben de cada nueva impresión eficiente lo que pudiéramos llamar el «sello del momento». La relación de la fantasía con el tiempo es, en general, muy importante.» (Freud, S., [1908], pág. 1345).

Está claro que lo que se modifica en función de las «impresiones eficientes del presente» son los resultados, los recuerdos, las composiciones fantásticas, pero el deseo como tal no ha sufrido desgaste ni cambio: *aunque gestado en el pasado es parte del presente*. Otro tanto puede decirse de la represión que independientemente de su momento inicial, se mantiene con toda su intensidad.

«Puede decirse que la fantasía flota entre tres tiempos: los tres factores temporales de nuestra actividad representativa. La labor anímica se enlaza a una impresión actual, a una ocasión del presente, susceptible de despertar uno de los grandes deseos del sujeto; aprehende regresivamente desde este punto el recuerdo de un suceso pretérito, casi siempre infantil, en el cual quedó satisfecho tal deseo, y crea entonces una situación referida al futuro y que presenta como satisfacción de dicho deseo el sueño diurno o fantasía, el cual lleva entonces en sí las huellas de su procedencia de la ocasión y del recuerdo. Así, pues, el pretérito, el presente y el futuro aparecen como engarzados en el hilo del deseo, que pasa a través de ellos.» (Freud, S., [1908], pág. 1345).

El tiempo lógico no es pues ajeno al tiempo del acontecer psíquico, al contrario nuestra percepción presente se enlaza con él. Retomando la imagen teatral, se establece un vínculo entre la «escena» y un gran deseo situado en el «foro». Lo que sucede en ese espacio que escapa a la percepción consciente, no está sometido a cronología alguna. El sujeto aprehende un recuerdo (que como tal es sincrónico) de un suceso pretérito en el cual quedó satisfecho tal deseo, y lo hace regresivamente.

El término «regresivo» sugiere marcha atrás en el tiempo cronológico, pero el concepto freudiano de *regresión* tiene: a) una significación *tópica*, (atrás en una «localidad psíquica» según un modelo espacial de «aparato psíquico» en el que aparecen localizados los distintos *sistemas ψ*); un aspecto *temporal*, en cuanto a que se trata de un retorno a formaciones psíquicas an-

teriores; un sentido *formal*, cuando las formas de expresión y representación acostumbradas quedan sustituidas por las formas correspondientes primitivas. (Freud, S., [1900], pág. 679).

Regresivo es, según vemos, sinónimo de primitivo, pero lo primitivo, aunque gestado y fiel al pasado, no es sinónimo de éste. Las formas primitivas de pensamiento y de vida pueden convivir contemporáneamente con modalidades más evolucionadas y sofisticadas. Nuestra sociedad podría prestarnos abundantes ejemplos sobre el particular. «Regresar» en el contexto analítico implica retomar formas arcaicas de representación que fueron propias de periodos anteriores del desarrollo psíquico del sujeto, pero que, posteriormente aunque estuvieran vigentes, se habrían integrado y puesto al servicio de formas de representación más complejas.

La impresión que un acontecimiento externo, ubicado en el tiempo cronológico, produce en nuestro psiquismo consciente modifica entonces la forma en que estructuramos nuestro recuerdo de manera que, aun evocándolo en diversas versiones, esté siempre al servicio de la realización imaginaria de uno o varios deseos inconscientes, éstos sí, inalterables en el tiempo.

A modo de síntesis podemos decir que la vida de una persona transcurre en el tiempo, pero su psiquismo inconsciente juega con él. El sujeto humano, como sujeto psíquico, se articula en el interjuego de los dos tipos de tiempo, el lógico con el que opera la conciencia y «el siempre presente» de lo inconsciente. Cualquiera de nuestras visiones del pasado, aun en aquellos casos en que podemos corroborarlas objetivamente, llevan impresas en su estructura y en su función, la marca de nuestros deseos de tal manera que no es desacertado decir que más que recordar lo pretérito, lo *interpretamos* a tenor de nuestros deseos inconscientes y de las sugerencias que nos provoca lo «cronológicamente» actual.

TIEMPO Y ANÁLISIS

El análisis se desarrolla en un marco establecido formalmente (encuadre) dentro de cuyos márgenes se producen tanto la «libre asociación», como la «técnica terapéutica». El encuadre se constituye en base al acuerdo mutuo entre dos personas en funciones distintas (analizante y analista), acerca de las coordenadas espacio-temporales y económicas en las que se efectuará su encuentro. El analizante se compromete a practicar, en el lugar y el tiempo señalados, la «libre asociación» o lo que es lo mismo, a manifestar sus ocurrencias sin someterlas a juicios o censuras previas, mientras que el analista, de su parte, ejercitará la llamada «atención flotante», escuchando todas y cada una de las expresiones y silencios del analizante, a fin de procurar, a través de las brechas del discurso que éste produce, abrir su acceso a lo inconsciente.

El encuadre, puede llamarse también con toda propiedad, el marco de la

trasferencia, entendiendo por tal el investimento afectivo del analista por parte del analizante.

Tiempo y transferencia

Para hablar del tiempo en este contexto se hace necesario, en primer término, considerar más a fondo la cuestión de la transferencia.

¿Qué peculiaridades encierra la transferencia? Freud responde a esta pregunta en diversas ocasiones de las cuales nos parece muy aclaratoria la que hallamos en el epílogo del «Caso Dora», en el que establece abiertamente la singularidad del concepto. Las transferencias son:

«Reediciones o productos facsímiles de los impulsos y fantasías que han de ser despertados y hechos conscientes durante el desarrollo del análisis y que entrañan como singularidad característica de su especie la sustitución de una persona anterior por la persona del médico. O para decirlo de otro modo: toda una serie de sucesos psíquicos anteriores cobran de nuevo vida, pero no ya como pasado, sino como relación actual con la persona del médico». (Freud, S., [1905], pág. 998).

Son pues, *reviviscencias del pasado*. Aplicación en la situación actual de una modalidad de relación afectiva vivida en la infancia.

«El *on revient toujours à ses premiers amours* no es sino una tímida verdad. Los múltiples enigmas de la vida erótica del adulto no se resuelven sino teniendo en cuenta los factores infantiles del amor». (Freud, S., [1913], pág. 1862).

En las transferencias se establecen también como veíamos en el caso de fantasías y recuerdos, la conexión entre pasado y presente. Pero esta vez el conjunto de representaciones y afectos en juego no son recuerdos, al contrario no hay aquí rememoración alguna por parte del sujeto. Hay *reviviscencia del pasado como presente*. Actualización de algo anteriormente gestado y atribuido a una persona distinta de la original. Hay pues diferencias importantes entre transferencia y recuerdo:

«(...) Para caracterizar la diferencia, podemos decir que el analizado no recuerda nada de lo olvidado o reprimido, sino que *lo vive de nuevo*. No lo reproduce como recuerdo, sino como acto; lo repite sin saber, naturalmente, que lo repite.» (Freud, S., [1914], pág. 1684).

Lo que se actualiza, en este caso, no es una representación, sino una acción. Quede claro sin embargo que, para la conciencia del analizado, la relación afectiva con el analista es plenamente actual, basada y justificada en la «realidad» de su mutuo vínculo. Y si bien se mira, hasta cierto punto, está en lo cierto, ya que la repetición de lo antiguo, se hace posible:

«(...) en cuanto lo hacen posible las circunstancias exteriores y la naturaleza de los objetos eróticos accesibles.» (Freud, S., [1914], pág. 1684).

Y también porque la repetición:

«(...) es susceptible también de alguna modificación bajo la acción de las impresiones recientes.» (Freud, S., [1914], pág. 1684).

La reviviscencia se produce precisamente por el apoyo que lo inconsciente reprimido encuentra en las circunstancias presentes que pueden incluso modificarla.

Nos encontramos pues, una vez más, ante el enlace e influencia del *presente con y sobre el pasado*. Pero ocurre que en la conciencia del sujeto no hay, en este caso, discriminación entre ambos. Al contrario, en su actividad afectiva hacia el clínico, integra los dos niveles de temporalidad fundiéndolos en un presente que encierra en sí mismo un falseamiento de la realidad. Forma parte de la labor analítica, promover la discriminación restituyendo el pasado a su ubicación temporal y liberando al presente de las sombras que lo empañan. El efecto de esta tarea consiste en sustituir el «acto» presente por la representación del pasado, que tomará ahora la forma de *recuerdo histórico*, y por la restitución de los afectos del presente a su escueta realidad.

La transferencia no es, desde luego, un fenómeno que se produzca exclusivamente en el contexto analítico. Se da en cualquier lugar y momento siempre que las condiciones externas sean adecuadas para ello. Pero ocurre que, a diferencia de las situaciones normales y corrientes, en el análisis, este tipo de afectos forman parte del material sobre el que trabajar al objeto de que el analizado pueda acceder al significado profundo de sus raíces inconscientes.

El efecto de esta labor es lo que se llama «elaboración de la transferencia» en la que se implica, como hemos visto, una *reconstrucción de recuerdos*. Recuerdos que asociativamente están relacionados con otros, anteriores o posteriores, que a su vez remiten a otras reminiscencias. En otros términos: la elaboración de la transferencia implica la reconstrucción de la historia, y consecuentemente, la posibilidad de historización del sujeto.

Esta concepción analítica estaría plenamente de acuerdo con aquella otra, referida a la Historia, que se expresa en la conocida frase: «aquél que no conoce su pasado está condenado a repetirlo», que en este caso debería decir: «aquél que no conoce su pasado está condenado a transferirlo». La obtención del conocimiento es, sin embargo, compleja y requiere esa elaboración mediante la cual, los deseos inconscientes implicados en recuerdos y fantasías arcaicas, liberados de los clichés de satisfacción del pasado, estarán en condiciones de hallar caminos de representación y satisfacción más acordes con el nivel madurativo del sujeto y con el *principio de realidad*.

De esta forma desaparece la condena a la repetición de la propia historia y el futuro, al menos en lo que al sujeto concierne, no se presenta como fatalidad, sino como responsabilidad. El efecto de esta operación es pues también efecto de futuro.

Tiempo y construcción analítica

Es cosa sabida —dice Freud—, que:

«(...) el trabajo analítico aspira a inducir al paciente a que abandone sus represiones (usando la palabra en su sentido más amplio), que pertenecen a la primera época de su evolución, y a reemplazarlas por reacciones de una clase que correspondería a un estado de madurez psíquica. Con este propósito a la vista debe llegar a recoger ciertas experiencias y los impulsos afectivos concitados por ellas que en ese momento ha olvidado. Sabemos que sus actuales síntomas e inhibiciones son consecuencia de represiones de esta clase; es decir, que son sustitutos de las cosas que ha olvidado.» (Freud, S., [1937], pág. 3365).

Para cumplir tal aspiración, el analista cuenta de una parte, con el material aportado por el analizante y con sus recursos técnicos de otra. Hemos adelantado ya, a lo largo de este artículo, cuestiones referentes al material sobre el que opera la acción analítica, diciendo que surge en el encuadre analítico por medio de la «asociación libre», y señalando algunos aspectos de su naturaleza. A modo de síntesis recalquemos ahora que tal material se compone sustancialmente de palabras a través de las cuales se expresan fantasías, recuerdos, sueños y repeticiones y se vehiculizan los afectos correspondientes. Pero ¿qué hace el analista con todo ésto? Trata de hacer surgir lo olvidado a partir de las huellas que de ello quedan en el presente. La pregunta ahora es ¿cómo puede hacerlo? Aunque la respuesta no es en absoluto sencilla, la contestaremos por el momento con una sola palabra en la que luego trataremos de profundizar. Diremos sencillamente que, en primer término, el analista hace resurgir lo olvidado *construyéndolo*.

«Su trabajo de construcción o, si se prefiere, de reconstrucción, se parece mucho a una excavación arqueológica de una casa o de un antiguo edificio que han sido destruidos y enterrados.» (Freud, S., [1937], pág. 3366).

Así pues la labor de construcción³ concierne al analista y es similar al que realiza el arqueólogo. Cierto, pero no olvidemos que en el análisis, a diferencia de la arqueología, el material sobre el que se trabaja, además de ser mucho más variado y rico, no ha sufrido destrucción alguna, se conserva, aunque reprimido, con toda su intensidad.

El arqueólogo, por otra parte, funda sus reconstrucciones o teorías sobre el pasado basándose en hipótesis establecidas razonablemente a tenor de los datos hallados en sus excavaciones y de las probables relaciones entre ellos. Pues bien, una «construcción analítica» es también una hipótesis formulada por el analista acerca de un fragmento de la historia del paciente a partir de los materiales que éste le suministra. Tales hipótesis se basan en «datos» (si

3 En Psicoanálisis se utilizan construcciones e interpretaciones. Las construcciones se refieren a un fragmento de la historia individual subjetiva, mientras que las interpretaciones se relacionan con el significado histórico puntual de determinadas palabras, actos fallidos, etc. Sin embargo, desde el punto de vista del presente trabajo es innecesario establecer diferenciaciones entre ambas.

se nos permite la expresión) presentes y, como ya dijimos, apuntan con perspectiva de futuro, a la *restitución del pasado en la actualidad del sujeto*.

Sin embargo la «construcción», como cualquier otra hipótesis razonablemente fundada, es una interpretación de la historia, un paso previo para la búsqueda de la verdad que no siempre coincide necesariamente con ella. En arqueología la «reconstrucción» se fundamenta y revisa continuamente a la luz de cada nuevo indicio o de datos aportados desde otras disciplinas asociadas. Pero ¿cómo saber, en análisis, si la «construcción» responde o no a la verdad buscada, si pertenece a un inconsciente cuyo único poseedor, el paciente que podría avalarla, ignora por completo? Ese es el problema. Si la «construcción» analítica contuviera un saber o una verdad concerniente a la conciencia del sujeto, bastaría con que éste confirmara su adecuación. Pero no se trata de eso. Se trata de una verdad de lo inconsciente del que el paciente no puede en realidad confirmar o negar nada ya que su *verdad histórica* se oculta a su conciencia cuyo empeño es precisamente reprimirla. Por esta razón su «sí, creo» o el «no creo» pronunciados ante la comunicación de la construcción del analista, tampoco garantizan su veracidad.

El único aval posible son pues los efectos, reestructurantes o no, que la construcción opera en el inconsciente del paciente. En otros términos, la «construcción» sólo es válida si, atravesando el «foro», transcurre de la «escena consciente» a la inconsciente y encuentra allí su genuino lugar originario, deshaciendo y reestructurando las conexiones existentes, liberando al recuerdo de sus arcaísmos afectivos y permitiéndole de nuevo su acceso y *resignificación* en el terreno de la conciencia. Que ésto ocurra significa que el sujeto ha encontrado en las palabras del analista un fragmento de su propia verdad, pudiendo así acceder a su historia, rehistoriar su pasado y modificar su presente.

Si todo ello sucede, las representaciones mentales habrán desandado el camino de «cortado y pegado» a través del cual, tan trabajosamente, se construyó en el sujeto el espacio de su conciencia.

Insistimos una vez más en que la interpretación o reconstrucción de la historia juega con el presente y el pasado, pero sus efectos terapéuticos *enlazan el presente rehistorizado con el futuro*, en el cual el sujeto podrá operar libre de antiguas fórmulas, aunque siempre las nuevas, si bien más acordes con la realidad, serán, en último término, sustitutorias de aquellas otras originarias, permanentemente olvidadas.

Sin embargo, las construcciones analíticas, para que sean eficaces y útiles al proceso de restauración del pasado, para que el sujeto pueda reconocerse en ellas y las pueda identificar como parte de su historia, deben hacerse, o mejor dicho, comunicarse, a su debido tiempo. Apuntamos ahora a una perspectiva temporal, que, aunque relacionada con la que hasta aquí hemos desarrollado, es totalmente distinta a ella. Hablamos de la necesidad de orden técnico, de hacer coincidir la comunicación de la construcción hecha por el analista con el momento adecuado del paciente.

Este momento no puede prefijarse de antemano ni ser elegido en razón de que entre las manifestaciones del paciente y el contenido de la construcción exista una relación lógica evidente. No olvidemos que no se trata de transmi-

tir un conocimiento ya que, para ello, el paciente, a poco inteligente que sea, no necesita de un analista.

Como bien dice Freud:

«Si el conocimiento de lo inconsciente fuera tan importante como suponen los profanos, los enfermos se curarían con sólo leer unos cuantos libros o asistir a algunas conferencias. Pero semejantes medidas ejercen sobre los síntomas patológicos nerviosos la misma influencia que sobre el hambre, en tiempos de escasez, una distribución general de *menús* bellamente impresos en cartulina.» (Freud, S., [1910], pág. 1573).

La lógica y coherencia de la construcción no basta. Ciertamente que el sujeto puede admitirla, pero de hacerlo, la aceptará como teoría explicativa o como juego intelectual más o menos ingenioso. Sin embargo, el alcance de esa posible admisión, en el mejor de los casos, no irá más allá de los límites de su conciencia, no le permite la reviviscencia, no modifica un ápice sus asociaciones inconscientes y si lo hace, producirá la lógica fortificación de sus represiones.

Podemos decir, sin duda, que el analista puede tomar la intensificación de las resistencias como un indicio de la validez de su interpretación, ya que de ser falsa el sujeto no tendría por qué defenderse de ella. Así es en realidad, pero no olvidemos que la finalidad del análisis es, a diferencia de la Arqueología y demás ciencias históricas, terapéutica. No se intenta hacer historia objetiva, sino de historiar los avatares de la subjetividad y reformularla.

Desde este punto de vista, la verificación de la hipótesis del analista es importante, pero lo es tanto o más el efecto resignificante que produce. En función de ello, la comunicación de la construcción debe aplazarse hasta que llegue su momento y éste será cuando se cumplan dos condiciones:

«En primer lugar, hasta que el enfermo mismo, convenientemente preparado haya llegado a aproximarse suficientemente a lo reprimido por él, y en segundo, hasta que se encuentre lo bastante ligado al médico (*transferencia*) para que su relación afectiva con él le haga imposible una nueva fuga.» (Freud, S., [1910], pág. 1574).

El momento adecuado no es pues del orden de la racionalidad, sino aquél en el que la *dinámica del sujeto en la relación analítica*, le permite «aflojar» sus mecanismos defensivos y hacerse permeable a la interpretación. Porque:

«El factor patógeno no es la ignorancia misma, sino las *resistencias internas* de las cuales depende, que la han provocado y la hacen perdurar. La labor de la terapia es precisamente combatir esas resistencias. La comunicación de aquéllo que el enfermo ignora, por haberlo reprimido, no es más que una de las preparaciones necesarias para la terapia.» (Freud, S., [1910], pág. 1573).

Si el analista puede calibrar y «escuchar» los índices indicadores de el momento adecuado en el discurso del paciente, entonces sí, la construcción alcanza eficazmente su objetivo. Pero para ello, como hemos visto, se requiere

la realización de un trabajo previo que permita al sujeto una lenta penetración en el camino de su inconsciente, de manera que la comunicación de la construcción recaiga en un terreno de representaciones, que aunque desconocidas aún, son cercanas a la conciencia. Ese y no otro es el momento preciso en el que la interpretación puede ejercer su labor reestructurante, mediante la cual el sujeto resignifica su pasado en el presente.

TIEMPO E HISTORIA DE LA CIVILIZACIÓN

Hasta aquí hemos intentado dar cuenta de la concepción y funciones de la temporalidad en la dinámica de lo inconsciente y sus consecuencias en el ámbito terapéutico. En el camino que para ello hemos recorrido nos hemos encontrado, y no por casualidad, con el tema de la biografía y de la historia individual como factor fundamental tanto en la génesis del individuo concreto y de sus producciones psíquicas como en lo que se refiere a su papel central en la vertiente terapéutica.

Pero, aunque con ello no digamos nada nuevo, es sabido que los intereses de Freud fueron más allá de la clínica para adentrarse en el complejo mundo de la cultura. La extensión y ambigüedad del término «cultura» induce en múltiples ocasiones a cierta confusión. Nosotros entendemos que el concepto de cultura de Freud, engloba al conjunto de producciones de las colectividades humanas que, a la par que configuran sus características propias, (costumbres, ideales, mitos, religiones, valores, literatura y obras artísticas, etc.) regulan y sancionan las relaciones entre los individuos que las componen.

Desde este punto de vista podemos decir que, en sentido estricto, no existe una sola obra de Freud en la que los factores sociales y/o culturales no sean tenidos en cuenta. En efecto, en la medida en que su teoría sostiene que el sujeto humano se estructura como tal gracias a la dinámica que se establece entre sus instintos primigenios y los imperativos de la realidad que le envuelve, está incidiendo en lo social considerándolo uno de los aspectos implícitos en la sobredeterminación del psiquismo. Otra cosa es cómo esa realidad social y esa cultura en la que el individuo está inmerso es vivenciada por cada uno de los sujetos humanos y de qué manera es introyectada e integrada en su identidad psíquica individual.

La cuestión de fondo que aquí se nos plantea es la de la relación del individuo humano con la cultura. Relación de la que nadie duda pero de la que pocas veces hallamos explicaciones satisfactorias, aun cuando sin embargo, desde la óptica psicológica, se trata de una cuestión fundamental.

¿Cómo la aborda Freud? En primer lugar adoptando una perspectiva genética: el sujeto humano se constituye como tal en su propia biografía. Ésta se desarrolla en dos periodos que se articulan en torno a la constelación edípica. El periodo «prehistórico», anterior al complejo de Edipo, y el segundo «histórico» posterior a él.

En el primero:

«El lactante aún no discierne su *yo* de un mundo exterior, como fuente de las sensaciones que le llegan. Gradualmente lo aprende por influencia de diversos estímulos. Sin duda, ha de causarle la más profunda impresión el hecho de que algunas de las fuentes de excitación —que más tarde reconocerá como los órganos de su cuerpo— sean susceptibles de provocarle sensaciones en cualquier momento, mientras que otras se le sustraen temporalmente —entre éstas, la que más anhela: el seno materno—, logrando sólo atraérselas al expresar su urgencia en el llanto.» (Freud, S., [1930], pág. 3019).

Así pues, para el lactante, el discernimiento entre el *yo* y el mundo, primera condición para la existencia de un sujeto, se genera gracias a que la realidad que le envuelve impone oscilaciones entre el placer y el displacer. De esta forma, gradualmente el *yo*, núcleo de la identidad, que en principio lo incluía todo, desprende de sí el mundo exterior y ubica en la realidad. Sorprendentemente se llega a la percepción del mundo como «no *yo*» y más tarde como integrado por «otros» diferenciados, por un proceso de «separación», de expulsión de partes de un *yo* arcaico que se sitúan fuera en nombre del placer. Sin embargo, no todo lo que produce displacer es expulsable, atribuible a los «objetos externos». Ante este displacer inevitable y ante los imperativos de la realidad el hombre aprende procedimientos de dominio, de evitación, de manejo, de uso, etc., que van desde el control motor hasta las más sofisticadas formas de acción, a través de las cuales puede, en definitiva, entronizarse en la cultura. Sin embargo, el *yo* arcaico no desaparece. Como señalábamos anteriormente, perdura en nuestro psiquismo coexistiendo con las formas más evolucionadas. Es la trastienda de la estructura del *yo* adulto y consecuentemente de nuestras relaciones con nosotros mismos y con el mundo.

Más allá de ello, el énfasis otorgado por Freud a la constelación edípica como módulo de la estructuración psíquica a partir de la que cada uno de los miembros de la especie humana establece sus identificaciones, gesta su identidad, configura sus íntimas aspiraciones y hace suyos aquellos valores y normas que limitan, regulan y hacen posible la adecuación de su conducta a la sociedad de la que es agente, revela una concepción de la evolución subjetiva indefectible, aunque no exclusivamente, unida a las relaciones del sujeto con otros sujetos los cuales a su vez se estructuraron a tenor de sus propias relaciones objetales. En otros términos: no hay estructuración psíquica sin filiación y todo ser humano es, al menos en parte, hijo de su tiempo. En este sentido aquéllos que acusan a la teoría psicoanalítica de obviar y desinteresarse por los aspectos sociales y culturales del psiquismo, muestran un pobre conocimiento de las tesis freudianas.

Pero, al margen de estas consideraciones que atañen a la globalidad de la teoría, queremos ocuparnos ahora de aquellas ideas que Freud manifiesta explícitamente acerca de la génesis de la cultura y de su historia, algunas de las cuales —como es sobradamente conocido— tendrán amplia repercusión en diversos ámbitos disciplinares ocupados directamente en la Filosofía y en la Historia. Este tipo de trabajos de Freud, revelan con toda claridad una concepción del tiempo, la Historia y la Historiografía, que juzgamos interesante, no sólo porque forman parte de la historia de las ideas que configuran la disciplina histórica, sino también porque, a nuestro entender, aportan luz sobre la

consistencia y las peculiaridades de la labor del historiador, dando respuesta específica a esa pregunta que nadie que se interese por la Historia deja de plantearse: ¿qué hacemos cuando hacemos Historia?

Hasta aquí hemos procedido, o cuanto menos esa ha sido nuestra intención —otra cosa es que lo hayamos logrado— a la manera analítica, es decir, preparando el terreno, acercándonos desde distintas ópticas al sentido y dimensiones de la temporalidad, a fin de arribar a un punto en el que nos sea posible abordar las cuestiones históricas de manera que éstas se desprendan, casi y por así decirlo, de la lógica interna de lo anteriormente expuesto y nos ahorremos con ello el arduo trabajo de justificar todas y cada una de las afirmaciones remitiéndonos a los orígenes teóricos en las que se fundamentan. Por otra parte difícilmente puede comprenderse el sentido de las tesis de Freud sobre la Historia sin haber explorado primero su concepción de la temporalidad.

No pretendemos analizar ahora los muy variados trabajos en los que Freud *aplicó* el psicoanálisis a la antropología, las producciones culturales o a biografías y obras de algunos de los grandes genios de la humanidad. Nuestras aspiraciones son mucho más limitadas, se reducen a exponer el concepto que en ellas se maneja de la Historia, de la que el ser humano es protagonista como actor y como receptor, y a las peculiaridades del psicoanálisis como instrumento historiográfico.

Freud, advirtiéndonos de antemano que no pretende una caracterización del término «cultura» ateniéndose a su esencia, aclara:

«(...) el término «cultura» designa la suma de las producciones e instituciones que distancian nuestra vida de la de nuestros antecesores animales y que sirven a dos fines: proteger al hombre contra la Naturaleza y regular las relaciones de los hombres entre sí.» (Freud, S., [1930], pág. 3034).

En efecto, la definición de Freud se refiere más a las funciones de la cultura que a su origen y peculiaridades intrínsecas. En esta línea la cultura defiende al hombre de su debilidad ante la Naturaleza a la par que protege y ordena sus relaciones con los demás. Está pues al servicio de la vida para la cual es imprescindible.

Pero evidentemente la cultura si bien posibilita la vida colectiva y dota a los individuos de recursos para comunicarse entre sí y obtener satisfacciones de la realidad, lo hace a precio de la limitación más o menos radical, de realizar aquellos otros deseos individuales, comunes a la especie humana, que son asociales. Consecuentemente, la posición del individuo en el seno de la cultura, en la medida que ésta le impone renunciaciones, es ambivalente y conflictiva. En último extremo cada ser humano se encuentra ante el dilema de escoger entre las exigencias de la cultura y aquellas otras internas emanadas de sus necesidades. Sin embargo, tal elección es imposible ya que ambos niveles de la existencia son imprescindibles. La dialéctica del sujeto con el mundo genera una continua transacción mediante la cual puede acceder a un gradiente suficiente de satisfacción. La evolución individual se enmarca en el seno de esa dinámica que constituyen las relaciones de cada uno con el mundo social.

Paradójicamente la cultura no existe por azar, es una creación de la colectividad humana que la constituye a tenor de sus necesidades de dominio de la Naturaleza de la que forma parte y que le rodea. Como toda creación de la actividad humana, los productos culturales revelan la idiosincrasia de su creador, razón por la cual está justificado estudiarla de forma análoga a la que lo haríamos si se tratara de la obra de un sólo sujeto.

Existe, sostiene Freud, un paralelismo entre el desarrollo humano individual y la historia de la cultura. Esta última se estructura en función de los mismos principios por los cuales se constituye el sujeto, de la misma manera que en el terreno biológico la ontogenia repite la filogenia.

«En los últimos años ha caído el psicoanálisis en que el principio de que la «ontogenia es una repetición de la filogenia» podía ser también aplicable a la vida anímica, y de esta reflexión ha surgido una nueva ampliación del interés de nuestra disciplina.» (Freud, S., [1913], pág. 1863).

Si la historia del individuo y la de la sociedad son análogas, la historia primitiva de los pueblos es comparable a la infancia humana en la que a escala reducida se dan los mismos conflictos que se dieron en el pasado social. En consonancia con ello, al igual que analizando el presente individual puede rescatarse la historia del sujeto, analizando las producciones culturales podemos reconstruir el pasado de los pueblos. Pero, en este caso, a diferencia de las interpretaciones terapéuticas, basta con que las construcciones analíticas estén suficiente y razonablemente fundadas, ya que como cualquier otro instrumento historiográfico la verificación apela a la coherencia con el conjunto de datos y las informaciones aportadas desde otras ciencias.

Al margen de ello, hallamos aquí, una vez más la tesis de que el pasado está impreso en el presente y pervive semioculto en las más diversas formas de la cultura. El análisis de estas formas culturales del presente revela pues su génesis histórica.

Con todo, a tenor de lo dicho, parece plenamente justificado preguntarse si la Historia que así podemos reconstruir, entendida como relato de los acontecimientos que dan origen a las diversas manifestaciones de la cultura, se corresponde verdaderamente con la realidad del pasado. Aunque no de forma categórica nos atreveríamos a decir que no, o al menos no necesariamente. Sucede que no tenemos medio alguno para asegurar que efectivamente los hechos pretéritos acontecieron tal y como los teorizamos. Lo que sabemos es que los «indicios» que hallamos en los datos presentes nos permiten elaborar hipótesis acerca de su génesis, de su dinámica estructural actual. Pero los hechos ¿sucedieron así? No estamos seguros. Sin embargo este inconveniente no es exclusivo de la historiografía analítica, sino que es común a toda forma de historización, porque cualquiera que sea el método que utilicemos, la Historia no deja de ser un conjunto de *interpretaciones* que, como tales, están sujetas a cierto grado de incertidumbre. Lo que construimos con nuestras interpretaciones es siempre el pasado historiado en el presente.

¿Qué es entonces historiar? Freud empieza por explicar que el proceso de

historiar comenzó cuando el pueblo adquirió conciencia de sí mismo, entonces:

«(...) se sintió rico y poderoso y experimentó la necesidad de averiguar de dónde procedía y cómo había llegado a su estado actual. La Historia, que había comenzado por anotar simplemente los sucesos de la actualidad, dirigió entonces su mirada hacia el pasado, reunió tradiciones y leyendas, interpretó las supervivencias del pretérito en los usos y costumbres y creó así una historia del pasado prehistórico. Pero esta prehistoria había de constituir, sin remedio, más bien una expresión de las opiniones y deseos contemporáneos que una imagen del pasado, pues gran parte de éste había caído en el olvido, otra se conservaba deformada, muchas supervivencias se interpretaban equivocadamente bajo la influencia de las circunstancias del momento y sobre todo no se escribía la historia por motivos de ilustración objetiva, sino con el propósito de actuar sobre los contemporáneos. El recuerdo consciente que los hombres conservan de los sucesos de su madurez puede compararse a esta redacción de la Historia, y sus recuerdos infantiles corresponden tanto por su origen, como por su autenticidad, a la historia de la época primitiva de un pueblo, historia muy posterior a los hechos y tendenciosamente rectificadas.» (Freud, S., [1910a], pág. 1589).

Historiar es pues siempre *interpretar* el pasado desde la única óptica posible, la del presente. Construir o si se quiere *reconstruir* aquello que a la vista de sus huellas en la actualidad, probablemente sucedió y que nos permite entender lo que ahora está sucediendo. De lo que se trata, como en el caso de la reconstrucción de la biografía individual, es de despejar las incógnitas que nos plantea el presente, ateniéndonos a su historicidad, es decir hallar los enlaces originales entre las producciones culturales y sus fuentes ocultas para entender así su significado y alcance.

Consecuentemente la función del historiador, el fruto de su diaria y meticulosa actividad de reconstrucción no es ni más ni menos que un proceso continuado de resignificación de la historia de la humanidad en el mundo actual.

RESUMEN

Las ideas de Freud acerca de la temporalidad no aparecen sistematizadas en sus textos. Sin embargo se trata de un aspecto importante que puede ser rescatado a través de su obra.

En efecto, en 1897, el descubrimiento de las fantasías histéricas le lleva a modificar la teoría traumática. En su nueva versión introduce la discriminación entre el tiempo de la conciencia y el tiempo del inconsciente en cuyo interjuego se estructura el sujeto psíquico.

La reconstrucción biográfica, que siempre se hace en y a partir del presente, se ha de reconsiderar desde esta perspectiva. Ahora debe contemplarse como la evocación y reconstrucción de los enlaces reprimidos entre las representaciones psíquicas, que el sujeto atribuye al pasado, y el significado que les

otorgó. El proceso terapéutico implica cambios en esas conexiones, de forma tal que los recuerdos adquieren significados nuevos más acordes con el nivel madurativo del sujeto.

Análogamente las producciones culturales revelan una estructura históricamente gestada. Historiar la cultura implica dar cuenta de esa génesis. Consiste pues en reconstruir el pasado a partir de sus huellas en el presente, en el bien entendido que tal tarea supone su resignificación desde la óptica actual.

SUMMARY

Since the inception of his work, Freud claims that hysterical illnesses are biographically conceived as a result of a particularly traumatic recollection. In 1897 though, the discovery of unconscious fantasies makes him reconsider his theory. From this ensues the discrimination between conscience's time and unconscious time, in the interplay of which the subject is structured. The biographic reconstruction carried out in and from the present must now be seen as the evocation and reconstruction of the suppressed links between the psychic representation, which the subject ascribes to the past, and the significance that he conferred to them. The therapeutic process involves changes in these connections in such a way that the recollections acquire new meanings, more in agreement with the level of maturity of the subject.

Likewise, cultural productions reveal a structure historically conceived. The recording of the culture involves giving an account of this genesis. It is, therefore, a question of reconstructing the past from the traces it leaves on the present, on the understanding that such a task demands giving it a new significance from the present standpoint.

RÉSUMÉ

L'idée de la temporalité n'apparaît pas systématisée dans la théorie de Freud. Malgré tout, il est possible d'analyser cet important aspect tout au long de son ouvrage.

A partir de 1897, Freud nous montre la découverte des fantaisies hystériques, qui l'amène à modifier la théorie traumatique. Cette nouvelle version l'oblige à discriminer la notion du temps par rapport à la conscience et par rapport à l'inconscient. A l'enjeu de ces deux sortes de temps, s'estructure le sujet du psychisme.

A cet égard, on doit envisager la reconstruction biographique, faite toujours à partir et en considérant le présent. Cela comporte l'évocation et la reconstruction des liens, aujourd'hui réprimés, entre les représentations psychi-

ques, que le sujet réfère au passé, et les significats qu'il leur attribue. En conséquence, le procès de la thérapie doit aller dans la voie de changer ces anciens liens pour d'autres concordants avec le niveau de maturité du sujet.

D'autre, la culture révèle aussi une structure développée historiquement. Faire l'Histoire de la culture veut dir montrer cette structure. Il s'agit donc de reconstruire le passé à partir de ses traces dans le présent. Cela suppose résignifier ce passé avec l'optique du présent.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Freud, S. (1972-1975). *Obras completas* (9 vols.). (López Ballesteros, Trad.). Madrid: Biblioteca Nueva.